

El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

Joselito El Gallo, rey de los toreros

El Paseo Editorial

el paseo | memoria

El Paseo Editorial

Paco Aguado

Joselito El Gallo, rey de los toreros

Edición revisada y ampliada
Con prólogo de Luis Francisco Esplá

el paseo, 2020

© Paco Aguado, 1999-2020
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2020

www.elpaseoeditorial.com
Colección Memoria

El autor y EL PASEO EDITORIAL quieren hacer expreso su agradecimiento a todos los fotógrafos y los archivos que han colaborado en la elaboración de este volumen, y que se mencionan en sus respectivos pies, así como a Manuel Durán, por su labor de coordinación y recopilación.

1ª edición en El Paseo: mayo de 2020

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL
Cubiertas: Jesús Alés (www.sputnix.es)
Corrección: EL PASEO EDITORIAL
Revisión y onomástico: Deculturas s. c. a.
Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. 978-84-121408-1-1
DEPÓSITO LEGAL: SE-754-2020
CÓDIGO THEMA: DNBFI; ATXZ1

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

Contenido

Prólogo, por LUIS FRANCISCO ESPLÁ	IX
Nota a la nueva edición, por EL AUTOR	XIII
<i>Joselito El Gallo, rey de los toreros</i>	
I. Jerez de la Frontera, 19 de abril de 1908	5
II. Sevilla, 28 de septiembre de 1912	53
III. Madrid, 3 de julio de 1914	107
IV. Málaga, 28 de febrero de 1915	167
V. Sevilla, 30 de septiembre de 1915	211
VI. Sevilla, 6 de junio de 1918	263
VII. 15 de mayo de 1920	327
Epílogo. Madrid, 21 de octubre de 1934	403
Bibliografía	425
Agradecimientos	431
Apéndice estadístico	433
Relación de corridas de toros de Gallito por año (1912-1920)	433
Corridas de toros de Gallito	475

Novilladas y becerradas de Gallito	475
Novilladas con picadores de Gallito en 1912	476
Plazas en las que toreó Gallito (Corridas de toros)	478
Matadores con los que alternó Gallito	480
Escalafones 1912-1920	482
Festejos de Gallito como único espada	483
Orejas cortadas por Gallito en Madrid	484
Cogidas y percances de Gallito	485
Alternativas que concedió Gallito	485
Toros lidiados por Gallito (por ganaderías)	486
Índice onomástico (selección)	489

Prólogo

CONOCIDO POR LA afición como Gallito, el menor y más preclaro de la dinastía Gómez Ortega ha sido, sin dudas, y junto a Juan Belmonte, el torero más importante que la tauromaquia ha destilado, sin que ello suponga ningún demérito hacia el resto de los espadas que ocuparon en distintas épocas el cetro del espectáculo. Porque eso era —hasta el arribo de esta singular pareja— el toreo: espectáculo. Un espectáculo pleno de singularidades, sí, pero a fin de cuentas una diversión, sostenida sobre el elemental fundamento de la ética caballeresca y ayuna de las más elementales claves que la situasen como manifestación artística.

Es cierto: el fundamento del toreo decimonónico era la fidelidad a la norma, la ejecución de las suertes con la pureza y la entrega requeridas por las estrictas tauromaquias. La estética podía darse, pero en un estado tan tosco y desabrido como la embestida de aquellas reses. El objeto de la lidia consistía en hacerle perder pies al toro para buscar la distancia que propiciase la ejecución del lance final: la estocada. Y ahí sí que se hacía incuestionable la fidelidad al precepto. Pura épica sin atisbo alguno de lirismo.

No es mi intención recrear en este breve espacio propiciado por la amistad con Paco Aguado una historia abreviada del toreo. Mas es necesario acceder a ciertas claves para descifrar con exactitud la meticulosa biografía de Joselito. En mi caso, tuve la suerte de compartir con coetáneos del torero los pormenores acerca de las condiciones de las reses, los toreros, los banderilleros y los picadores de la época. Esto, sumado a las demandas de ese público tan agraz como emocionable, me ayudó a perfilar una imagen más nítida y veraz de lo que palpitaba en aquellas arenas a principios del siglo xx, algo que el lector podrá también ir extrayendo de entrelineas.

la posibilidad de sacar una interpretación personal, de concluir, tras la lectura, la catadura de la «ética Joselitista». Unos verán en ella la raíz del vicio moderno que no opone límites a la autoridad del líder, el nacimiento del mandón en el toreo, la instauración del poder omnímodo abarcando el control del sistema. Otros, como es mi caso, entreveremos la vocación insaciable de un tipo que no se conformó con dominar al toro sino que necesitaba abarcar el control, también, de la organización. ¿Para usarlo en su beneficio? Ni mucho menos. Su obsesión era la satisfacción del aficionado y hacer crecer el número de estos; abaratar el acceso al espectáculo sin menoscabo del presupuesto de organización. Para ello predicó con el ejemplo, y en estas páginas se da cuenta de ese altruismo llevado hasta las últimas consecuencias.

Talavera de Reina fue testigo de la transustanciación del mito. Y la obra de Paco nos confirma que no se perdió únicamente el hombre y el torero, sino una cabeza empresarial que apuntaba a una revolucionaria gestión del toreo. Estoy convencido de que, si el destino le hubiera otorgado a Gallito una vida más longeva, en estos momentos la tauromaquia tendría otra consideración social, entre otros muchos beneficios.

Como la tragedia clásica, la biografía que firma Paco Aguado sitúa en el inexorable camino hacia la gloria a su héroe: José Gómez Ortega. Tanto el lector de estas páginas como el espectador del teatro griego conocen el desenlace, pero no por ello el drama pierde emoción e interés, todo lo contrario: la conclusión de la muerte alerta una emoción más intensa y lorquiana, por honda y oscura. Porque el toreo tiene este inconveniente moral, que da demasiada importancia a la vida... y a la muerte.

LUIS FRANCISCO ESPLÁ

El Paseo Editorial

Nota a la nueva edición

HACE YA VEINTIÚN años que, en la añorada colección taurina de Espasa, se publicó *El rey de los toreros*, un libro que intentaba recordar y reivindicar a un personaje absolutamente decisivo en la historia de la tauromaquia, una figura trascendental que, si no olvidada, sí que había quedado reducida en un mito tan tópico como corto frente a su auténtica y gigantesca dimensión. Desde casi cincuenta años atrás, y hasta entonces, apenas se había vuelto a escribir sobre Joselito El Gallo, ni para bien ni para mal. Salvo por el descubrimiento del maestro Pepe Alameda de su decisiva aportación al toreo ligado en redondo y la ucronía que Juan Posada publicó en los ochenta, José Gómez Ortega pasaba ya solo por ser un gran torero «a la antigua usanza» y con un cadáver joven, cuando no un secundario de lujo en la leyenda belmontina que recreó el genial Chaves Nogales y resucitó y extendió Alianza Editorial.

Pero la por todos admitida revolución de Juan, más que personal, fue complementaria, enmarcada dentro de la más ambiciosa que a su vez emprendió José fuera y, también, dentro de los ruidos. Al menos así se podía deducir claramente de lo que, de puertas adentro de las fincas, de las tertulias y de las plazas de toros comentaban sobre Gallito los pocos profesionales, ganaderos y buenos aficionados que quedaban de entre los que le vieron y le sobrevivieron, o los que habían escuchado hablar así de él a sus predecesores.

Afortunadamente —y ojalá que aquél libro contribuyera mínimamente— la imagen que hoy se tiene del monumental torero de Gelves, ya sin velos ni distorsiones, se aproxima más a lo que debió ser en la realidad de aquella época que dieron en llamar Edad de Oro del toreo. Hasta el punto de que, por eso mismo, un siglo

después de su muerte en Talavera se ha vuelto a atizar el fuego de la discusión entre los partidarios, gallistas y belmontistas hoy teóricos y sentimentales, de aquellos dos rivales y, sin embargo, amigos.

El caso es que, coincidiendo o no con aquella publicación de marzo de 1999, se fue generando la inquietud por conocer más acerca del hijo de la señora Gabriela. Y que periodistas, aficionados e investigadores han editado nuevos libros con aquello que han ido rebuscado entre la memoria dormida de los archivos y las hemerotecas, con argumentos añadidos para seguir agrandando y arrojando luz sobre la vida y obra de ese hombre que, en apenas siete años, se encargó de poner el toreo, todo el toreo, rumbo a la modernidad.

Con algunos de esos datos que, entre todos, hemos ido encontrando, y siempre con la referencia de las versiones directas de los amigos íntimos que supieron de cada uno de los avatares del torero, ahora se amplía, se revisa y se matiza aquel texto de hace veintiún años, que siendo el mismo, y con las mismas intenciones, es también distinto. Y mucho más extenso. Con el texto que el lector tiene ahora en sus manos, gracias al interés de la editorial El Paseo, que ha tomado la antorcha en la siempre necesaria publicación de libros de toros, vuelve a abrirse aquella historia que estaba oculta tras una pila de tópicos y que hubo que desempolvar. Y como entonces, aunque en más páginas, escrita en torno a las siete fechas más determinantes en la intensa y breve vida de Jose-lito El Gallo, eterno rey de los toreros.

EL AUTOR

Josecito El Gallo, rey de los toreros

El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

*A mi padre, otra vez.
Porque tenía razón.*

El Paseo Editorial

El Paseo Editorial

I. Jerez de la Frontera, 19 de abril de 1908

JOSELITO LLORÓ LA primera vez que se vistió de torero. A pesar de que lo sabía casi todo del toreo, aquel niño de doce años lloró de soberbia y de rabia por verse incapaz de matar un becerro el mismo día de su presentación en público.

Aquel soleado Domingo de Resurrección, 19 de abril de 1908, además de todos sus primos gitanos de Cádiz, se acercaron también hasta Jerez de la Frontera muchos aficionados de Sevilla, al reclamo de la fama de prodigio que le habían creado ganaderos y profesionales, impresionados por sus magníficos alardes de sabio precoz en los tentaderos.

El sevillano, un guardia municipal en el retiro, vio en aquella fama un seguro negocio. Y así fue como «el guindilla de la mujer del saco», como le llamaban con guasa por haber resuelto un misterioso crimen así conocido, organizó aquel festejo en el coso jerezano comprando seis becerros de Cayetano de la Riva y añadiendo en el cartel a José Puerta «Pepete» y a José Gárate «Limeño», otros dos chavalillos algo mayores que Joselito y que también reclutó en las calles de Sevilla, donde jugaban al toro rodeados siempre de un amplio corro de curiosos.

Contra la voluntad de su hermano Rafael, ya matador de fama y cabeza de familia, al imberbe Gallito III le habían alquilado para la ocasión un raído vestido verde con bordados en negro en la sastrería de Manuel Prada. Las pocas carnes del chaval y el holgado y arrugado traje de torear contrastaban en una estampa solanesca a la que ayudaba todavía más el complemento de una montera rancia y desproporcionada, tan antigua que era de aquellas de machos sueltos de las que usaba Paquiro. Pero dentro de aquella figura grotesca, que flanqueaban los ternos de estreno de sus compañeros, latía el corazón de un torero. Tan niño, tan poca cosa, pero tan orgulloso.

«Ramillete», negro bragado, fue el primer eral al que Joselito se enfrentó en público. Dio en la canal 120 kilos de peso y el chiquillo lo recibió con buenos lances, que remató con media verónica de rodillas. Y en los quites le colocó en el testuz aquella montera tan dada de sí que bien le hubiera encajado al bravo becerro entre las mazorcas. Después de dos limpios pares de banderillas al quiebro, brindó su muerte al marqués de Casa Domecq, que se lo agradeció con cinco valiosos duros de plata como regalo. Con su muletita chica, ayudándose con un estoque de madera que ya era habitual en los fundones de los becerristas, Joselito le hizo al novillejo una faena breve, al estilo de la época, pero de gran efectividad: dos ayudados por bajo, tres por alto y dos pases de pecho bastaron para que el animal juntara las manos y Gallito Chico le cobrara dos pinchazos y media estocada delantera que lo tiró sin puntilla. Y el chavalín se hartó de recoger palmas en la vuelta al ruedo.

Pero otra cosa fue lo del sexto. Este era ya un auténtico novillo. Gordo, cornalón y alto de agujas. Contra lo que se dice en casi todas sus biografías, que aseguran que el asustado público no dejó que el niño lo lidiara, Gustavo del Barco explica que Joselito sí que se enfrentó a él, y que lo toreó con sobrada soltura. Solo que, a la hora de matar, la excesiva altura del eralote y la escasa de un niño sin apenas fuerza para empuñar el estoque de acero contribuyeron a un lamentable espectáculo. Fue ya cuando desde el tendido la gente pedía que, por compasión, se le retirara al callejón. Pero, una y otra vez, con una impotente y ciega furia, Joselito se tiraba al morrillo en un esfuerzo titánico por acabar cuanto antes con aquella tortura de su orgullo. No lo logró, y los tres avisos mandaron el torete a los corrales. La gente, ahora compadecida, se volvió airada contra el presidente, que tuvo que abandonar el palco escoltado por la fuerza pública.

Al día siguiente, en indignados escritos, la prensa gaditana exigía que se prohibieran todos los espectáculos taurinos infantiles y más aún con aquel Gallito III que lloró como un niño su primer fracaso de hombre, apenas dos semanas antes de cumplir los trece años.

JOSELITO HABÍA NACIDO a las once de la mañana del día 8 de mayo de 1895 en la localidad sevillana de Gelves, un pueblo recostado